

Jean Klein: Diálogo en Hammamet (10 de mayo de 1989)

[Jean Klein]: Podemos conversar. Sí. Hay mucha sensibilidad, muchas sensaciones y emociones. Pensamientos que son todavía prepensamientos, que no han sido formulados ni han entrado en el lenguaje. Nuestro lenguaje habitual es extremadamente pobre frente a la riqueza de las experiencias interiores que podemos llegar a tener. No te fuerces por encontrar la palabra justa. Aprendé a acomodarte, a convivir con esa sensibilidad que es mucho más profunda y sutil que cualquier etiqueta. Todo lo que sentís de esa manera funciona como un «recordatorio» (*rappel*).

Así como si desayunás a las 9:30 se forman recordatorios orgánicos en tu cuerpo cuando llega esa hora, de la misma manera hay recordatorios que te dicen que todas tus actividades brotan de tu silencio de fondo, de tu naturaleza inmutable. Una vez que esto es comprendido, representado y vivido, estos recordatorios se vuelven evidencias incontestables en tu día a día.

Cuando experimentás aunque sea una vez esa ausencia de palabras y pensamientos, notás que la «persona» se siente en una inseguridad total. Hay como una energía reactiva que te empuja a querer llenar el momento con cualquier cosa. ¿Te das cuenta? Ese aburrimiento que sube en vos es porque no sabés estar con vos mismo sin «amueblar» el silencio. Lo vas a notar muy seguido. Pero en un momento dado, te sentirás completamente en sintonía con ese momento, lo cual no es una ausencia de actividad, sino la presencia de tu propia naturaleza. En ese instante, los momentos están completamente plenos.

En nuestra vida social nos hemos movido hacia un ruido constante. Creemos que hay que hablar hasta cuando comemos. Hay momentos donde no hay nada genuino que decir, pero nos sentimos obligados a charlar para rellenar los huecos. Es espantoso lo que hace nuestra sociedad para evitar el silencio: ponen música de fondo (*musique d'ameublement*) en todos lados para que nunca tengamos que enfrentarnos al vacío. No te dejes atrapar por eso. Viví esos momentos de silencio. No son una ausencia, son la Presencia misma.

[Interlocutor]: Jean, desde hace seis meses, la imagen del Maestro me acompaña todo el tiempo, como si lo hubiera conocido siempre fuera del tiempo. Siento que un gran amor me ha invadido. ¿Él sigue estando presente aunque ya no tenga cuerpo físico?

[Jean Klein]: Esa imagen que proyectás... es un objeto que vos misma te das. Si te identificás con esa imagen, te ahogás en el afecto y en la representación mental. Te quedás encerrada en una jaula de tiempo y memoria. Pero en el instante en que te das cuenta de este mecanismo, ya estás afuera. La imagen y el afecto se van a ir atenuando. Toda esa carga afectiva debe reabsorberse totalmente en favor de tu propia presencia. En ese momento, el afecto personal desaparece. No te quedés pegada a la imagen; eso no te sirve de nada. Estás queriendo al objeto del amor en lugar de ser el Amor mismo.

[Interlocutor]: ¿Y cómo podemos relacionarnos con los demás sin caer en estas proyecciones o apegos?

[Jean Klein]: Mientras sigas viviendo desde tu propia imagen, desde tu personaje, solo vas a ver personajes a tu alrededor. Si te identificás con tu máscara, el mundo será un carnaval de máscaras. Pero cuando estás en la presencia, estás en unidad con tu entorno. Tus amigos, tu familia, tus tíos... todos aparecen, claro, pero la relación es radicalmente distinta. Al liberarte de tu propio personaje, liberás automáticamente a los demás. Tu mirada los fija y los limita. Pero si te encontrás con ellos con una frescura total, desde tu totalidad, vas a ver cómo cambian sus reacciones. Es un acto creativo. Liberar tu personaje es liberar al mundo. Es una experiencia extraordinaria si la vivís en el instante. La proyección de personajes nos impide el presente, donde surge toda la verdadera creatividad.

[Interlocutor]: Detrás de cada objeto, siento a veces una sensación de vacío. ¿Ese vacío es lo que sostiene al objeto?

[Jean Klein]: Solo existe la Conciencia. Esta Conciencia se proyecta en el espacio-tiempo y aparece como algo «percibido» (*aperçu*), pero la Conciencia no disminuye por eso. Los objetos no tienen una realidad independiente; dependen totalmente de que haya Conciencia. Cuando el mental no interfiere con juicios o interpretaciones, el objeto puede resonar y volver a su «hogar», a su fuente.

[Interlocutor]: ¿Desaparece en la actividad? ¿Como si una sensación muscular resolviera su tactilidad?

[Jean Klein]: Sí. La tactilidad siempre está ahí; aparece cuando la tensión muscular se relaja. El objeto resuelve en su verdadera naturaleza porque la tensión inherente al proceso de "fabricar el objeto" desaparece. Misión cumplida. El objeto es solo una onda en la conciencia, en tu presencia.

[Interlocutor]: Esta tensión que crea el objeto parece venir del sujeto. Pero si no hay sujeto...

[Jean Klein]: Es un pseudo-sujeto, que es también un objeto. Esta tensión no tiene otro origen que la conciencia misma. Al final, lo llamamos «objeto», pero no hay objeto. «Sujeto» y «objeto» son etiquetas de la memoria.

Cuando mirás algo, ¿hay un «observador»? Solo hay visión, solo visibilidad. Solo más tarde decís «yo lo vi». No hay simultaneidad entre la visión y el «vidente». Si escuchás un sonido, solo hay «audibilidad». Solo lo conceptualizás como una entidad personal después. No hay nadie que toque, vea o escuche. El «yo que escucha» viene después. En el momento del pensamiento, solo hay el pensamiento.

Cuando estás volando un avión, solo hay «volar». Cuando la situación se vuelve difícil —como volar dentro de nubes— el pensamiento interviene: «Yo soy el que vuela». Esa es la tragedia. Es una tragedia pensar que sos el piloto. Dos pensamientos no pueden coexistir simultáneamente. Solo existe el volar. Ese es el vacío. Ahí es donde «vos» morís. Pero no podés encontrar al «uno» que muere. Vivimos nuestra inmensidad. Muchas gracias.